

tomar por tema de sus chanzas el Nuevo Testamento. La vida desordenada que hizo siempre lo llevó como por la mano á caer en las tupidas redes de la usura, quedando muy luégo completamente arruinado. Entónces determinó de probar fortuna en aventuras políticas. Tomó asiento en la Cámara de los Comunes; pero fracasó por ser su oratoria pobre, y aunque animada y viva no tanto como fuera necesario á distraer sus oyentes de la fealdad de su cara, cuya traza repugnante no acertó á reproducir nunca el lápiz de los caricaturistas sino haciéndole favor. Pero como sus escritos valian más que su elocuencia parlamentaria, fundó un periódico semana, titulado *The North Briton*, el cual, por su estilo jocoso, audaz é impudente logró reunir en breve considerable número de lectores. Cuarenta y cuatro números llevaba dados á luz cuando se retiró del poder lord Bute, y á pesar de que cada uno de ellos era un libelo por su violencia y su procaacidad, el Conde nada hizo por perseguirlo; mas al aparecer el 45, inofensivo y cándido en comparacion de cualquiera de los anteriores, y que no contenia ciertamente nada que no pueda leerse cada dia en los artículos editoriales del *Times* y del *Morning-Chronicle*, ya estaba Grenville á la cabeza de los negocios, y con esto animado de nuevo espíritu el Gobierno. El cual, persuadido de que se hacía necesario sostener á toda costa el principio de autoridad, y de que no debía en modo alguno tolerarse ciertas trasgresiones de la prensa en menoscabo de su prestigio, dispuso la prision de Wilkes en la Torre, donde fué objeto de inusitado rigor, recogién dose sus papeles y quedando en poder del secretario de Estado. Estas medidas ilegales y violentas provocaron una explosion de cólera en el pueblo, que se trocó de allí

á poco en demostraciones de alegría y vítores de triunfo, al declararse por los tribunales improcedente la prision de Wilkes y ser puesto en libertad; victoria sobre Grenville y demas compañeros de Gabinete que celebró Lóndres con el mayor entusiasmo, imitando su conducta los condados productores de sidra.

Pero no solamente iban haciéndose los ministros más odiosos al pueblo cada dia, sino tambien á la corte, llegando á dar á entender al Rey cierta ocasion que no se hallaban dispuestos á ser ni á parecer agentes de lord Bute, y arrancándole la promesa de que no daría oídos á ningun consejero privado. Y como tuvieran ocasion de persuadirse muy luégo de que S. M. no habia cumplido fielmente la palabra empeñada, le hicieron observaciones nada respetuosas en órden al caso y nunca oídas ántes del Monarca, dándole quince dias de plazo para decidirse de una vez y escoger entre los ministros y el privado.

Con esto fué grande la sorpresa de S. M. Pocas semanas ántes habia mostrado gran contento al persuadirse de su victoria sobre los *whigs*, y declarado con tal motivo que, libre ya de su tutela, no los llamaria jamás á los consejos de la corona; pero hé aquí que de improviso advertia que no sólo estaba en esclavitud, sino que sus nuevos señores eran más imperiosos y rudos que los otros. En trance tan apurado para su decoro, pensó en Mr. Pitt, pareciéndole tal vez posible obtener de él condiciones más aceptables que de Jorge Grenville ó del partido acaudillado por el duque de Newcastle.

Al regresar Grenville de una excursion campes tre se dirigió á Buckingham-House, y quedó sorprendido viendo á la éntrada una silla de manos.

cuya forma y adornos exteriores así él como todo Londres conocia. En el acto comprendió de lo que se trataba, y pensó para sí que su cuñado habia ido á palacio por sugeriones de lord Bute, quien ofendido sin duda de la conducta del Gabinete, y tachándola de hostil é ingrata de todo en todo, sería el inspirador de aquel paso.

Pitt fué recibido por el Rey dos dias consecutivos. Lo que pasó en la primera entrevista le persuadió de que las negociaciones entabladas llegarían á término feliz; pero al dia siguiente halló á Jorge III ménos blando. La mejor relacion, ó más bien, la única fidedigna de aquellas conferencias, es la que recogió lord Hardwicke de los labios del mismo Pitt. El cual, á lo que parece, manifestó al Rey cuán importante sería para él reconciliarse con los jefes del partido *whig*, que habian tenido la desgracia de incurrir en su desagrado, porque siempre fueron los amigos más adictos y fieles de la casa de Hannover. Además, su poder y su influencia eran grandes, y estaban versados de largo tiempo hacia en el manejo de los negocios públicos, y si se mantenía la sentencia de exclusion contra ellos por tiempo indefinido, se corría el riesgo de no lograr durante todo él un ministerio fuerte y capaz. Pero el Rey no pudo hacerse á la idea de caer de nuevo bajo el yugo de aquellos á quienes hacía tan poco arrojó de su corte con señaladas muestras de cólera, y contestó á Pitt: «Lo siento; mas no es posible que yo haga lo que decis. Mi honra está empeñada en ello, y fuerza es que mire por mi honra.» Presto veremos de qué modo logró S. M. volver por su honra.

Mr. Pitt se retiró de la cámara, y el Rey quedó reducido á recurrir á los ministros que habia estado

á punto de separar, rogándoles que continuaran desempeñando sus cargos. Durante los dos años que siguieron á este dia, estrechamente unido Grenville á los Bedfords fué árbitro de la corte. Sabia que se hallaba en el poder porque Jorge III no quería llamar á los *whigs*; y como estaba persuadido de que no los llamaría nunca, y la última tentativa hecha para desembarazarse de él, ántes sobreexcitó que no aplacó su encono, y su fracaso lo relevó de temor, sobre no haber sido nunca palaciego cortés, se tornó desatento é irrespetuoso, y comenzó á emplear con el Rey un lenguaje que ningun Monarca inglés oyó nunca desde los tiempos del presidente Bradshaw (1).

Sólo en un punto, y para eso á costa de la libertad y de la justicia, satisfizo Grenville las pasiones de la corte, juntamente con las suyas. Nos referimos á Wilkes, á quien persiguió con verdadera saña. Acababa éste de hacer una parodia del ensayo de Pope acerca del hombre titulada *Ensayo acerca de la mujer*, y le añadió ciertas notas en són de burla del famoso comentario de Warbuton. La obra resultaba licenciosa por extremo; pero en nuestro sentir no lo era más que algunas otras del mismo Pope, tales como su imitacion de Horacio en la segunda sátira del primer libro. Conviene advertir que si Wilkes solia escribir obscenidades, no las daba jamás al público, lo cual sí hacía Pope sin miramiento alguno. La obra de que tratamos se imprimió, pero en muy corto número de ejemplares, tomando grandes precauciones para la tirada y destinándola en totalidad á ser repartida entre varios

(1) Presidente del tribunal que condenó á muerte á Carlos I.—N. del T.

amigos del autor, cuya moral y costumbres así podrían relajarse con su lectura como un negro atezarse por un día de sol. Sin embargo, un agente del Gobierno logró sobornar al impresor, y obtuvo un ejemplar del libro. Con el cuerpo del delito en las manos, determinaron entónces los ministros de aplicar á Wilkes la ley con todo rigor por el ultraje que hacía en él á la decencia; y excusado nos parece decir cuánta sería la sinceridad y la buena fe de los autores de la persecucion, despues de consignar que uno de los más partidarios de ella y de los que con más violencia pedían el inmediato é inexorable castigo del poeta libertino, fué lord March, duque de Queensberry, que no le iba en zaga en orden á impiedad y malas costumbres. Así las cosas, el primer día de la legislatura se presentó en la Cámara el conde de Sandwich, quien á la proteccion del duque de Bedford debía el cargo de secretario de Estado, y puso en la mesa el libro conseguido por medios tan vergonzosos. Su desdichado autor ni aún sospechaba el suceso, y seguía creyendo la obra bajo la custodia del impresor y en manos de unos pocos amigos, cuando Sandwich la traía nada ménos que al Parlamento; y aunque fuera de carácter fácil, no nada corto de genio, enemigo de peligros y poco susceptible al rubor, la sorpresa, la deshonor y la perspectiva de quedar arruinado para siempre, lo pusieron fuera de sí; y sospechando que aquella máquina sería, tal vez, artificio de un amigo de Bute para perderlo, se batió con él en duelo, quedando herido gravemente, y habiendo menester de buscar asilo en Francia no bien se hubo repuesto algun tanto. Entónces quedaron sus enemigos por dueños del campo en el Parlamento y en los tribunales, y Wilkes fué objeto de un voto de

censura, excluido de la Cámara y declarado fuera de la ley, debiendo, además, ser quemados sus escritos por mano de verdugo. El pueblo, sin embargo, no lo abandonó, y aún á los ojos de muchos hombres de moralidad y piedad reconocidas, comparado su delito con el de sus acusadores, se antojaba cosa baladí. La conducta de Sandwich principalmente excitaba indignacion universal, en razon á que sus propios vicios eran notorios, y á que quince días, no más, ántes de llevar á la Cámara el *Ensayo* de Wilkes, lo vieron muchos en uno de los *clubs* peor notados de Lóndres, bebiendo con su víctima y cantando coplas obscenas. Debido á esto, cuando algunos días despues se representó en Covent-Garden *El Mendigo*, al pronunciar Macheath las palabras que dicen: «Lo que me ha sorprendido, en verdad, es que Jemmy Twitcher me acuse,» resonó una explosion de carcajadas en el patio, los palcos y el paraíso, no conociéndose desde aquella tarde á lord Sandwich en todas partes sino bajo el nombre de Jemmy Twitcher. Pero volvamos á Wilkes. La ejecucion de la sentencia que condenaba sus obras al fuego en la plaza pública fué interrumpida por un motin, quedando maltrechos los agentes de policia y salvos de la hoguera los papeles, arrojándose á las llamas en su lugar una bota y unas faldas. Y como hubiera Wilkes repetido contra el subsecretario de Estado por la recogida de sus papeles, el jurado le concedió veinticinco mil pesetas para indemnizarlo del daño sufrido. Pero ni estas manifestaciones ni otras más eficaces aún á expresar el estado de la opinion pública fueron parte á influir en el ánimo de Grenville, que teniendo á su favor el Parlamento, y siendo, segun su credo político, el único barómetro de los deseos y aspira-

ciones de la nacion, no se curaba de otra cosa.

Poco tardó, sin embargo, en temer que le faltara este apoyo. Porque al discutirse las actas, como la oposicion tenia en su favor las buenas prácticas y principios y todas las autoridades constitucionales, y la voz unánime de la nacion acudió fuerte y numerosa, atrajo á su partido á muchos individuos de la Cámara que votaban generalmente con el Gobierno y no le dejó triunfar cierta ocasion solemne sino por catorce votos de mayoría. La tempestad pudo disiparse al cabo, merced á la frialdad que comenzó á demostrar la oposicion cuando parecia tener más seguridad la victoria, y con esto acabó la legislatura sin ocurrir ningun cambio. Pitt, cuya elocuencia brilló ántes tantas veces en los principales debates del Parlamento, y cuya popularidad era entonces más grande que nunca, guardaba silencio en el hogar doméstico, y Grenville, igualmente, aborrecido de la corte y de la masa general del pais, conservaba el poder.

No bien hubo terminado la legislatura, Grenville adoptó una medida que demostraba más claramente aún que todos sus actos anteriores cuánto era despótico de suyo y temerario. Es el caso que uno de los diputados no siempre hostil al gobierno, pero que votó contra él al discutirse las actas, llamado Enrique Conway, hermano del conde de Hertford, bizarro militar, orador mediano y político de rectas intenciones, si no de mucho alcance y energía, por el hecho de haber obrado como le dictaba su conciencia, quedó sin el regimiento de su mando, recompensa merecida de nobles y leales servicios prestados en dos guerras consecutivas. Conviene también añadir que S. M. se prestó con la mejor voluntad á esta injusticia; por lo ménos así se decia confidencialmente.

Mas por grande que fuera el placer que proporcionase á S. M. las persecuciones dirigidas contra Wilkes y la destitucion de Conway, es lo cierto que no por éso se hacian simpáticos al Rey sus ministros, sino al contrario, y sobre todos Grenville, que hasta en los asuntos de poca importancia se conducia de modo á herir las susceptibilidades de Jorge III. Entre otros casos dignos de mencion, diremos que Grenville se mostraba siempre tan económico de los caudales públicos, que deseando el Rey adquirir ciertos terrenos lindantes con el jardin de Buckingham-House, cuyo precio no excedia de algunos miles de libras, se negó á ello de mala manera, y que habiéndose comprado por varios particulares para edificar, los Reyes quedaron expuestos en sus paseos reservados á la curiosidad de los inquilinos de una fila de cien casas, lo cual desagradó por extremo al Monarca, y aumentó si era posible su mala voluntad hácia el primer lord de la Tesorería. Pero no era su ridicula economia la peor cualidad de Grenville, pues así fué siempre avaro de dinero como pródigo de palabras, y en vez de hablar con aquella concision, claridad y vida que tan ocasionadas han sido siempre á fijar el ánimo de los jóvenes nuevos en los negocios, disertaba en la cámara de S. M. del propio modo que lo hacia en la de los Comunes, y al cabo de dos horas de ejercicio, no sin excusarse de la extension de su discurso, lo reanudaba y volvía de nuevo á sus pesadeces é interminables amplificaciones. Los diputados pueden reducir al silencio á un orador enojoso á fuerza de toser, y si el remedio no basta, dejándolo solo en el salon con el presidente y la mesa, sistema que observaban con Grenville por regla general; más el desdichado Rey habia de sufrir pa-

ciente y en silencio la incontinencia de palabras de su ministro; tormento que recordó medroso hasta el fin de sus días.

Por entónces ocurrió uno de los incidentes más singulares de la vida de Pitt. Había un baronet *whig* del condado de Somerset, llamado sir William Pynsent, que perteneció á la Cámara de los Comunes en tiempo de la reina Ana, el cual, cuando el partido *tory* cobró ascendiente y predominio en los consejos de la Corona, se recogió á sus tierras á vivir en la tranquilidad del hogar doméstico. Era su carácter singular y extraño, y su moralidad más que dudosa; pero fué siempre fiel á su partido: y como durante los cincuenta años que pasó apartado de los negocios públicos no pensó sino en las circunstancias que le forzaron á separarse de ellos, en la desgracia de los *whigs*, en la paz de Utrecht y en el abandono de los aliados, creyó descubrir analogía y relacion estrecha entre los sucesos de su juventud, tan vivos en su memoria, y los que presenciaba en la vejez, entre la desgracia del duque de Marlborough y la de Pitt, entre la elevacion de Harley y la de Bute, entre el tratado suscrito por Saint John y el suscrito por el duque de Bedford, entre los errores de la casa de Austria en 1712 y los errores de la casa de Brandeburgo en 1762. Y se apoderó de tal modo esta idea de la imaginacion del anciano, que determinó dejar todo su caudal á Mr. Pitt, quien merced á la generosidad del donante se halló en posesion de una renta de 3.000 libras esterlinas, sin que la malicia de sus enemigos pudiera descubrir en ello cosa censurable, pues ni habia heredero con mejor título, ni en su vida vió á sir William Pynsent.

El caudal de Mr. Pitt prosperaba; pero su salud

iba en tanta decadencia que ni una vez asistió á la Cámara de los Comunes durante la larga legislatura que comenzó el mes de Enero de 1765, permaneciendo algunos meses en su retiro favorito de Hayes, sin hacer otro ejercicio que ir de la cama al sitial y del sitial á la cama, y sirviéndole su mujer de secretario para la correspondencia reservada. Con este motivo decian sus detractores que por tanto entraba el artificio como la gota en la vida solitaria que hacia entónces; y es lo cierto que su modo de ser consentia tales suposiciones, porque á pesar de la grandeza y elevacion de su carácter carecia de naturalidad y sencillez, y poseyendo talento superior y alma nobilísima, circunstancias que hacian innecesario el empleo de recursos teatrales y debian darle superioridad bastante para no emplearlos nunca, la verdad es que toda su vida los puso en juego. Añadian, que despues de haber adquirido la consideracion merecida á su elocuencia y á la importancia de sus servicios, se habia propuesto no gastarse pareciendo á menudo en público, y que por esa causa tomaba pretexto de su mala salud para rodearse de misterio y no dejarse ver sino á muy largos intervalos y en ocasiones solemnes, concretándose lo demas del tiempo á pronunciar oráculos á corto número de privilegiados y devotos peregrinos que merecian el favor singularísimo de acercarse á su ermita y de adorarlo en el relicario que labró su vanidad de concierto con el fanatismo de sus fieles. Si se propuso este objeto, fuerza es reconocer que lo alcanzó por completo durante cierto tiempo, pues nunca fué más poderosa la magia de su nombre, ni mereció de su patria veneracion más supersticiosa que durante aquel año de silencio y de aislamiento.

Durante la verdadera ó supuesta dolencia de Mr. Pitt, y que por ella en realidad ó para fingirla mejor no parecía en la Cámara, propuso Grenville una medida que habia de producir grande revolucion en la especie humana, y cuyos efectos serian de alcance incalculable. Nos referimos al proyecto por el cual se imponia la contribucion del timbre á las colonias de la América del Norte; proyecto eminentemente característico de su autor, y en el que se descubren sus huellas, como en el hijo la semejanza del padre. Un hombre de Estado tímido hubiera retrocedido á la sola idea de acometer una empresa de la cual dijo Walpole mucho ántes, y cuando las Colonias no eran tan poderosas, que quien fuera osado á empeñarse en ella seria más bravo que él; pero Grenville fué siempre por naturaleza insensible al miedo. Un hombre de Estado que lo hubiera sido de mucho alcance, habria comprendido que tratar de imponer tributos desde Westminster á la Nueva-Inglaterra, si no se oponia en modo alguno á la letra del libro de los estatutos, ni á ninguno de los acuerdos consignados en las actas de las sesiones, chocaba con los principios de buen gobierno y con el espíritu de la ley fundamental. Un hombre de Estado prudente habria comprendido, además, que aún siendo el producto de los derechos del timbre diez veces mayores que lo serian en realidad, habria de pagarse muy caro, ó, cuando ménos, á costa de una querrela entre las Colonias y la metrópoli. Pero Grenville no conocia el espíritu de la Constitucion, sino la letra, ni otros intereses nacionales que los ingresos del Tesoro. En cuanto á que su politica pudiera producir el descontento dentro y fuera de la patria, así en Lóndres como en los grandes lagos ó el seno mejicano; y que

Francia y España se aprovecharan de la ocasion para vengar pasados agravios; y que sufriera desmembraciones y quebrantos el imperio británico; y que la deuda de Mr. Pitt, con cuya enormidad estaba siempre dándole en rostro, se duplicara por efecto de su propia conducta, eran cosas que jamás se ocurrieron á su fria y singular imaginacion.

Mas, aún cuando nunca podrá olvidarse el acta del timbre, en aquellos momentos llamó ménos la atencion de los ingleses que otra ley, al presente casi olvidada de la memoria de todos. Es el caso que cayó enfermo el Rey con apariencias de peligro, adoleciendo, en nuestro sentir, del achaque mismo que lo inhabilitó varias veces más adelante para ejercer su oficio; y como el heredero presuntivo de la corona sólo tuviera dos años, era evidente la urgencia de ocurrir á las necesidades del Gobierno en caso de una minoría. Pero las discusiones que tuvieron lugar con este motivo, determinaron una crisis entre la corte, propiamente dicha, y el Ministerio; porque mientras el Rey queria ser investido de la facultad de nombrar regente por su testamento, los ministros temian ó fingian temer que si esta facultad se le otorgaba, luégo al punto designaria para el cargo á la Princesa madre, ó tal vez al mismo Bute, razon por la cual insistian con empeño para que la ley contuviera una cláusula en cuya virtud quedara limitada la eleccion del monarca enfermo á la real familia. Logrado esto, y con ello la exclusion del favorito, representaron á S. M. la conveniencia y la necesidad [de hacer lo propio con la Princesa viuda, y le manifestaron con tantas muestras de verdad que la Cámara de los Comunes á no hacerlo el Rey la inhabilitaria para la eventualidad de la regencia, que sobrecojido Jorge con la idea de que

podiera realizarse un pronóstico tan humillante, suscribió cuanto le pedían. Pocos días después fué notorio á todos que las razones empleadas por los ministros para determinar al Rey á inferir tan grande y público agravio á su madre carecían de fundamento, porque como los parciales de la Princesa en la Cámara propusieran la inclusion de su nombre en la ley, y los ministros no pudieran decorosamente atacar á la madre del soberano, miéntras esperaban que la oposicion acudiera en su auxilio y les hiciera la tan deseada violencia, vieron con dolor que á pesar de ser esta señora no nada simpática en verdad á la mayoría de los contrarios del Gobierno, por serles Grenville más odioso todavía, se gozó en su derrota y contribuyó á restablecer su nombre augusto en la lista de las personas aptas para el ejercicio de la Regencia.

El resentimiento del Rey contra los ministros llegó entónces á su colmo, pareciéndole los males presentes peores y más intolerables que cuantos pudieran sobrevenir, como que la misma junta de magnates *whigs* no hubiera observado con él peor conducta que la de Grenville y sus compañeros de Gabinete. En aquel trance llamó á su tío, el duque de Cumberland, y le confió sus amarguras. No era el Duque persona ocasionada en modo alguno al afecto, pero sí á la confianza. Era de carácter intrépido y de superior inteligencia, y estaba dotado de hidalgos y elevados sentimientos en punto á honra y deber; y si como general pertenecía Cumberland á esa clase de caudillos cuyo síno ha sido siempre perder casi todas las batallas que han dado, y que, á pesar de sus reveses, logran formarse reputacion de militares hábiles y de cuenta, clase, dicho sea de paso, en la cual podemos incluir á Coligny, Guiller-

mo III y hasta el mariscal Soult, su bizzarria y su denuedo le hicieron famoso aún entre los príncipes más valerosos de su raza tan ilustre por la bravura. Mas no era la indiferencia con que marchaba en el campo de batalla por los sitios de mayor peligro la mayor prueba de su ánimo esforzado, sino las crueles enfermedades y las terribles operaciones quirúrgicas que hubo de sufrir, y en las cuales demostró siempre la impasibilidad y la calma que sólo dan el valor en grado sublime. Y con el valor tenía Cumberland aquellas otras virtudes sus hermanas: decia siempre la verdad, era franco y abierto en odios y amistades y de mucha rectitud en todos los detalles de su conducta. En cambio, era inexorable y duro, y raras veces logró la compasion atemperar los arranques de lo que le parecia justo. De aquí su impopularidad en Inglaterra por espacio de muchos años. Su conducta con los rebeldes en Culloden le valió el sobrenombre de verdugo, y sus esfuerzos para introducir en el ejército inglés, á la sazón víctima del desórden, la disciplina por extremo rigurosa de Postdam produjeron universal reprobacion, llegando todos á suponerlo capaz de cometer cuantos excesos y crímenes son imaginables. Debido á esto fué tambien, cuando se trató de la Regencia, que muchas gentes honradas se persuadieran del absurdo y craso error de que si la ejercia durante la menor edad de sus sobrinos, la Torre de Lóndres veria de nuevo lúgubres sacrificios de tiernos infantes. Mas por fortuna, en los momentos de que tratamos se habian desvanecido para la generalidad los odios y las preocupaciones contra el Duque; y los ingleses, que aborrecian á los de Escocia, sobre todo desde la época de Bute, acabaron por convenir en que si algo podia y debia en justicia culpase á S. A. R., era el